

## OLIVEIRA SALAZAR

El 5 de julio de este año 1957 cumplirá Antonio Oliveira Salazar veinticinco años como jefe de Gobierno en nuestra hermana peninsular. Españoles y extraños debemos pedir a Dios que festeje sus bodas de oro, solicitud bien sensata, pues sólo tiene sesenta y ocho años.

Pese a su aire juvenil, lleva tantos años preocupando a los hombres de Estado, ha visto pasar tantos regímenes, cuando el suyo permanece, que da la sensación de ser un viejo conocido, un hombre que terminará de un momento a otro.

No es exacta la fecha de 1932 como indicativa del caudillaje salazariano. Cinco días Ministro de Hacienda en 1926, volvió el 27 de abril, y aunque «todos los días salen trenes para Coimbra», continúa en Lisboa. En esta ocasión era Jefe del Gobierno el General Vicente de Freitas, pero el Ministro hizo conocer al país, inmediatamente, que venía a gobernar haciendo caso omiso de intereses y personas. Se proclamó «dictador de las Finanzas».

En el discurso de toma de posesión, hizo público que había aceptado, porque el Gobierno consintió en «asegurar las condiciones de un trabajo eficiente», para lo que los demás Ministerios se someterían al de Hacienda, en todo lo que a ella afectase. «Sé muy bien lo que quiero y adonde voy, pero no se me exija que llegue al fin en pocos meses. Que el país estudie, represente, reclame, discuta, pero que obedezca cuando desde arriba se le mande».

La posición de un Ministro de Hacienda, en los Estados modernos, es privilegiada en grado sumo. Con el arma del presupuesto se pueden acometer reformas trascendentales, cumplir verdaderas revoluciones. Oliveira pensará, como Spann, que «La Economía Política no es una teoría de los negocios, sino una teoría de la vida», y que con ella se puede repartir la renta nacional.

mejorando las condiciones de vida, fortalecer el Estado y prestigiar al país.

Es bien conocida la anécdota de su primera designación. El General Gomes da Costa preguntaba a Ferro, el 6 de junio, si conocía al nuevo Ministro de Hacienda, «un tal Salazar». Al gran periodista le sucede como a todo el mundo: no le conocía. Sólo algunos discípulos de Coimbra o los aldeanos de Santa Comba sabían del Profesor serio, agradable, comprensivo. A los pocos meses de su segunda vuelta al poder ya se habla de él en todo Portugal. Se le tiene por un técnico magnífico. Más tarde se le califica de salvador de la Economía portuguesa. La gran obra financiera, escribe Juan Ameal, es mucho pero no es más que el principio. Salazar aparece como un médico, dice Lourenço, que pretende curar radical o íntegramente Portugal. «Psicólogo profundo, el Dr. Oliveira Salazar comienza por la cura física, material para, más tarde atender a la cura moral, restituyendo al país la salud plena, la vitalidad fuerte y progresiva de tiempos pasados, que era necesario revivir, para el bien de la Patria, quizás —visión providencial— de todo el mundo, que urge reorganizar en moldes nuevos».

La hermosa Lusitania necesitaba mucho más que un saneamiento financiero. Para esa obra —a la que no había sido convocado— la Providencia escogió a Oliveira Salazar. Como una madre, al hijo doliente, recogió el Profesor de Coimbra a su pueblo. «Con mãos carinhosas tomâmos esta pobre Nação, morta de saudades, desalentada, escarnecida e fizemo-la revivre». Un lustro después ofrecerá el testimonio de muchos años de trabajo, en que perdido el contacto con las Ciencias, pero no con sus métodos de trabajo «posso dizer que as recontrei sob o ângulo da sua aplicação práctica; e folheando menos os livros, esforceime em anos de estudo, de meditação de acção intensa, por comprender melhor os homens e a vida. Não desejo subir mais alto... Não posso envaidecer-me, pois que não realizei tudo o que desejava... Nem sequer me lembro de ter recebido ofensas que em desagravo me induzam a ser menos justo ou imparcial. Pelo contrario: neste país onde tão ligeiramente se apreciam o depreciam os homens públicos, gozo de raro privilégio do respeito geral. Pude servir». La obra de Oliveira es cuantiosa e inestimable. En 11 de abril de 1933 se promulgó la Constitución, varias veces reformada. Oliveira no es un teórico. Ha querido moldear el vestido

al tiempo; artista jamás satisfecho de su obra vuelve un día y otro para perfeccionarla. No es que ensaye diversas actitudes, ni le afecten las modas o corrientes extrañas, sino que pule su joya, con seguridad absoluta. «No nos gusta crear situaciones provisionales, ha declarado. Cuando damos un paso hacia delante queremos que este paso quede dado, que no se destruya inmediatamente con otro hacia atrás».

Ha terminado las querellas con la Iglesia, mediante el Concordato de 1940; ha incluido en la Constitución al Acta Colonial de 1930, promulgada cuando era Ministro Interino de Colonias. Organizó corporativamente el Estado, y en política exterior, firmó con Franco el Tratado de Amistad y No Agresión de 1939. Con él se consagra una conducta que fué advertida el 14 de agosto de 1936 con ocasión de la peregrinación nacional al convento de Batalha. Estamos ante luchas de civilización y los ciegos no quieren comprenderlo. «A nossa causa nem se nos pode preguntar qual seja-ela resulta da historia e da nossa formação moral; a parte que nela toman os portugueses ha de aferir-se pelo intero sacrificio da vida e da fortuna pelo que para nós excede em valor a fortuna e a vida». En 8 de diciembre de 1956, después de tantos acontecimientos, ha podido repetir que fué nítido para los portugueses, ante el caso español, que era un conflicto de civilización, una amenaza al desmantelamiento de la civilización occidental.

Para juzgar la revolución salazarista se puede traer a colación el breve juicio de Oliveira Martins sobre la de Pombal. El terremoto de Lisboa, escribe, duró cinco años (1755-60) y «arruinó las calles y las casas, los templos, los manumentos, las instituciones, los hombres y hasta sus mismas ideas». Profunda como ella e inversa en su origen y desarrollo, así es la obra de Oliveira.

Dejando de lado el valor material que ofrece su etapa de Gobierno, milagro de permanencia, exige una referencia escueta a la continuidad.

Salazar no distingue entre Gobierno buenos y malos, sino estables e inestables, categorías mucho más precisas, por cuanto los regímenes fugaces poco pueden dañar o beneficiar. Es posible que la pedantería alfabetá tache de pragmática o materialista su afirmación que tiene, por contra, una profundidad insondable. Si la tenacidad y perseverancia son virtudes exigentes para el triunfo en la vida del individuo, también en la colectividad, que en el

orden político se llama continuidad constitucional. Esa «mano muerta» de que habla Burke sólo puede crearse mediante la permanencia de una clase o de un hombre al frente del poder. La tradición es, en algún momento, innovación, y sólo cuando en la sociedad se ofrecen condiciones suficientes para conservar lo que fué un momento, se transforma en parte esencial de la vida nacional.

La Historia enseña que siempre es un grupo de hombres, y con más frecuencia un capitán con su hueste, lo que deja huella perdurable en los pueblos. De ahí que tenga interés comparar la longitud del gobierno Salazar, respecto de otros contemporáneos, cuya influencia la damos por incontrovertible. Sucede, a menudo, que se admite como esencial un hecho pretérito y otro de idénticas características, por ser contemporáneo, se le califica de pasajero accidente.

No se arguya que la gobernación está fácilmente asegurada en los regímenes dictatoriales o totalitarios aunque no sea el portugués uno de estos tipos. El Estado Nuevo es una forma original de convivencia, que exige previo y cuidadoso examen para su definición, pero aunque fuese un régimen impuesto, la consecuencia sociológica sería la misma. «J'avois vu —dice Rousseau— que tout tenoi radicalement à la politique, et que, de quelque façon qu'on s'y prit, aucun peuple ne seroit que ce que la nature de son gouvernement le feroit être» (*Confesiones*, II, 9).

Oliveira es, por hoy, desde hace siglo y medio, el político que más tiempo ha gobernado. Al par con Stalin, sólo cede ante Metternich, y precede a Bismark y León XIII. Roberto Walpole influyó veinte años y Lord Palmerston hubo de alternar con otros. El esplendor de la Inglaterra del jubileo victoriano, es obra de la actuación conjunta de Palmerston, Gladstone y Disraeli.

Si pensamos en hombres de perfil más semejante, cuya importancia es indiscutible, la diferencia es más acusada. Napoleón, entre Brumario y Waterloo, domina quince años, Mussolini veintitrés. Lenin diecisiete e Hitler y Roosevelt doce.

Para la trascendencia de la misión de aquéllos y Oliveira no deben olvidarse las circunstancias que rodean al último. Si la vida portuguesa, en los treinta años del Estado Nuevo, no está exenta de rebeliones interiores, ni aislada de los sucesos externos, aquéllas no fueron tan violentas como las de Alemania antes del 33 o las de Rusia desde el 17. Las consecuencias de la Guerra Mun-

dial Número Dos no han sido de igual naturaleza para los beligerantes que para Portugal. Escudada en la lejanía, y con la ayuda de un genio político, ha podido seguir su destino con mayor autodeterminación, que la mayoría de los pueblos del mundo, ya que ni siquiera le ha afectado la acción consiguiente al triunfo de las «democracias», cual ha sucedido a España.

Precisemos algo más de la circunstancia que rodea a Oliveira para intentar un estudio de su personalidad política. De un lado aparece, en 1928, como revolucionario y hombre del viejo régimen, entendido esto último respecto de los movimientos más afines al suyo.

Fué Oliveira Salazar pocas horas diputado por el Centro Católico. En 1922 redactó un folleto para exposición de las directrices del movimiento, cuyo carácter era más afín a la CEDA, que al Centro alemán o a la Democracia Cristiana de Dom Sturzo. Pretendían, afirma, agrupar a los católicos que «sacrifican de momento sus reivindicaciones políticas en lo que se refiere a la cuestión de régimen» para conquistar y hacer reconocer los derechos y libertades de la Iglesia. Tenía la agrupación precisamente «una finalidad *inmediata* religiosa y una finalidad *mediata* política». Las palabras que he subrayado marcan las dos coordenadas que valoran, inversamente a como entonces lo hizo, el pensamiento del Jefe del Gobierno. Ciertamente es que la acción del gobernante no debe ser idéntica de la que quien aspira a lograr, dentro del juego mayoritario, un resultado concreto. Y este era el caso del Centro Católico. Pero es evidente que en la mentalidad de Oliveira se ha producido una brusca convulsión, con su ascenso al poder, que no está prevista en la primera ocasión que aparece en la lucha política. Su misión era entonces hacer que otros dirigieran en cierto sentido, ahora, conducir él.

Hubo de comprender Oliveira que el mejor instrumento para realizar su política era él mismo. Desde la cima —y el Gobierno siempre lo es— el panorama se domina mejor. Fácilmente se advierten los obstáculos, pero también las veredas que permiten llegar a la meta. Hubiera sido insensato, que conocido el panorama en su integridad, permaneciese en las posiciones de partida. Por ello, al constituir la Unión Nacional, declaró al Centro Católico, «inconveniente para la marcha de la dictadura», si bien produciría grandes ventajas su transformación «en vasto organismo dedicado a la acción social». «Tenho observado como é incon-

veniente ao desenvolvimento e pureza da vida religiosa a intromissão da política na religião, a confusão dos intereses espirituais com os interesses materiais dos povos, da Igreja como qualquer organização que, actuando no terreno político, possa ser tomada como um partido, aspirando ou não ao governo».

Por lógica y ortodoxa que sea la actitud es también consecuente se llamaran a engaño quienes tuvieron en él a un jefe de la primera hora. Hombres más aferrados a la letra que al espíritu, es fácil ver su error desde fuera, pero comprensible cuando interiormente se examina. Según ellos, Salazar sería un traidor — ¡con la aspereza que en la palabra se pone, entre nosotros! —, mientras que para sus enemigos de 1922, e incluso algunos partidarios de la Revolución de mayo, era un quintacolumnista, capaz de hacer fracasar el triunfo del Ejército. Que no fueran clamorosas estas actitudes, no empece para su manifestación y, sobre todo, para que Oliveira se diese cuenta de ello, teniendo necesidad de acudir en su defensa. De todas formas, sirven de frenos o hacen de alfilerazos en la difícil tarea del hombre consagrado a su país.

El Oliveira revolucionario, incubado desde su ascenso al poder o simplemente manifiesto a partir de esta fecha, se encuentra en difíciles condiciones para alcanzar su objetivo. La revolución de mayo aspira a ser una dictadura. Es un movimiento, concluye Pabón, con una tarea concreta para la jornada, pero sin futuro. Una dictadura en el clásico sentido de la palabra: suspender el orden para volver a él. La sociedad sanará por su cuenta.

Es fácil para el caudillo revolucionario, a quien asalta el poder, transformar el orden según su deseo. Tampoco ofrece dificultad para los hombres de la «vieja guardia». La situación es muy diferente para el recién llegado. Y Oliveira es un tardío adherente — en cuanto públicamente se manifiesta — a la Revolución de 1926. Es más, su primera cartera la debe a Mendes Cabeçadas y cuando vuelve para no marchar éste ha sido eliminado por Gomes da Costa. Precisamente son, a menudo, los hombres nuevos — inéditos más bien —, los que aseguran la continuidad del orden revolucionario. Tal fué Bonaparte, para la Revolución francesa, pero ascendió después de la brillante campaña de Italia. Salazar es un hombre nuevo que llega al poder silenciosamente, al que se demanda, tan sólo, un poco de orden, cuidados de técnico para un tarea precisa y concreta.

En 1928 pocos conocen a Oliveira. Su colaboración, en el primer trimestre del año, en *Navidades*, sobre el obsesionante problema financiero, no es el medio más idóneo para alcanzar la popularidad, sobre todo en tiempos de grave congoja política. Algunos esperan el milagro de la técnica, pero no de la actividad política para la que le estiman falta de condiciones. Y sin embargo, la última es su destino. El lo comprendió desde el primer instante. O la dictadura se convierte en política o muere, dirá años después.

Salazar debe crearse un movimiento al servicio de su revolución —porque es necesario emplear siempre el posesivo en singular—. Aquí sólo cuenta la persona, como en Mussolini, Hitler, Franco o Lenin. Pero la diferencia es notoria. El mesianismo de los tres primeros es anterior a la conquista del poder en Salazar y Lenin es una consecuencia. Es una ventaja la libertad de movimientos de quien no está pre-comprometido, pero falta el grupo colaborador.

La última circunstancia iluminadora. Si Oliveira encuentra un pueblo cansado del desorden no ha sido capitán de la fracción victoriosa. Puede, según convenga, ser o no fiel a los viejos camaradas de lucha, aceptar o rechazar la responsabilidad de los actos de violencia, ineludibles a toda eversión, bien declarada como nuestra Guerra de Liberación, o enmascarada durante los años pre-hitlerianos de Alemania o los primeros de Mussolini. Al fin y al cabo se trata de hombres que sirvieron a su idea cuando todavía no era la suya, y aceptar una doctrina no significa se rubriquen los actos de quienes la defendieron.

Oliveira es un revolucionario en cuanto persigue una transformación revolucionaria de Portugal. La afirmación me parece indiscutible, contemplada desde dentro del político, que es desde donde se deben juzgar los actos. Un hombre serio, que trabaja seriamente, un gobernante auténtico, enemigo de la facilidad y con horror a la demagogia, debe ser creído por su palabra. No se ocupa de los intereses de los demás, especialmente de los humildes, más que por su mérito. «Nunca lisongiei os homens ou as massas, diante de quem tantos se curvan no mundo de hoje, em subserviências que são uma hipocrisia ou uma abjeção». Y en otra ocasión: «Governar, dirigindo a consciencia nacional, eis a única função verdadeiramente consistente e seria».

Seriedad es para Oliveira «la conformidad de los sentimientos con las ideas y la conformidad de los actos con los principios».

Seriedad es, en segundo término, la gravedad del pensamiento y de la acción».

En tres momentos, escribe Panunzio, se desarrolla la vida del Partido revolucionario: insurrección, dictadura y régimen. La dictadura moderna, añade, no es constitucional, sino revolucionaria, porteadora de un régimen nuevo. «Las dictaduras de hoy, asegura Salazar a un periodista francés, no me parecen un paréntesis del régimen, sino un régimen propio, si no perfectamente constituido un régimen en formación. Pierden enteramente su tiempo los que vuelvan atrás, así como tal vez también lo pierdan los que supongan se encuentran en ellas la suma sabiduría política.»

Los primeros años de Oliveira coincidieron con la obsesiva preocupación por el Partido único y la Dictadura. Desde la marcha sobre Roma hasta 1936 el fascismo goza de gran predicamento e imitadores. Hasta la constitución del Frente Popular apenas si cuentan sus enemigos. El hombre de que más fama goza es Mussolini, y no hay periodista que se estime en algo que no suspire por su entrevista con el Duce. Así le sucedió a Ferro —y lo traigo a cuento por ser el mejor biógrafo de Oliveira—.

Antonio Ferro visita Italia en 1923 y 1926 y en las dos ocasiones se entrevista con Mussolini. Se le advierte aplastado por la emoción, herido por el rayo. «Mussolini, el mayor soldado de Italia moderna, estuvo encerrado, aguardando su hora, dentro de un túmulo, el túmulo de la renuncia... Todas las naciones que entraron en guerra supieron mirar, con ternura y cariño, como a un tesoro encantado, a su soldado desconocido, al futuro redentor... A los soldados desconocidos de todo el mundo, a semejanza de lo que sucede al soldado desconocido de Italia, habrá de llegar la hora suprema, la hora sagrada de la resurrección...» «Salgo del Pacio Chigi. Mussolini, en la calle, en millares de retratos me observa desde todas las vitrinas... Correspondo a su mirada pasmado del milagro. Benito Mussolini gobierna a su país apenas con los ojos, artículos únicos de la nueva constitución italiana. Acuérdome de Portugal y me pongo triste. En nuestra patria no es posible una constitución de este carácter. Y no es posible porque todos tienen los ojos cerrados, porque todos duermen...» En 1926 es más contundente. «La eternidad de Roma contagió a Mussolini. Su máscara, su máscara humana, comienza a fundirse en bronce...»

Las últimas frases están escritas muy cerca de la revolución de



mayo. Como Mussolini llena la curiesidad europea todos los dictadores han de comportarse como el jefe italiano que viene a establecer una moda de política como lo fué en su tiempo el parlamentarismo inglés. (Lo grave es que en ambos casos muchos se quedaron con el figurín y se lo endosaron sin más cuidado.)

La personalidad de Mussolini, más bien dicho su manera de comportarse, contrasta más que con ninguna con la del pequeño Dollfus y este Oliveira que semeja, ha dicho alguien, un jesuíta de paisano, como esos Padres y Hermanos de la Milicia de San Ignacio que hemos visto por las calles y plazas de España entre 1931 y 1936. En contraste con Mussolini, Oliveira apenas es conocido. «El pueblo, por otra parte, escribe Ferro que no le oye, que no le ve, que no sabe cómo sonrío, cómo se enfada, se entretiene con las imágenes que le sirven con las que él va descubriendo a través de su silencio cuando no las encuentra en sus discursos...»

Oliveira posee una manera especial —quizás la más apropiada a su pueblo— para convertirse en ser mesiánico. Su misma oratoria es singular. No por pedantería, sino para que se goce en ella el lector citóle a menudo en su lengua.

El político puro, escribe Spranger, cultiva el *pathos* de la distancia, el énfasis, y siente desprecio por los hombres. Pero cuando se ejerce el predominio sobre el prójimo ineludiblemente se actúa en su favor. Si la relación gobernante-gobernados se basa en «la superioridad de espíritu y en la personal energía y en la alta voluntad cordial de servir gobernando tenemos al auténtico espíritu conductor, que sólo en servicio de la totalidad hace uso del poder al que considera como un deber de índole ética para los que le siguen».

En el último tipo hemos de incluir a Oliveira. No vive aislado de sus portugueses más que físicamente. Necesita para bien servirlos —seriamente, como él dice— tranquilidad, aislamiento. No se aísla para levantar una falsa barrera de humildad y ascetismo. En su pequeña habitación de la calle Bernardo Lima está con todo Portugal mucho más que si se entregara a la muchedumbre. No es inaccesible, pero exige que se le busque para algo. Me ha contado un antiguo miembro de la *Mocidade* que solicitó cierto día, sin preámbulos, ni boletín de visita ser recibido por el jefe del Gobierno. A poco salió a su encuentro y preguntándole qué deseaba, como no quería sino verle de cerca en breves minutos le despidió.

Necesita reposo para trabajar. «No llego a comprender, dice Ferro, cómo es posible a un ministro ir a todas partes, presidir banquetes, ceremonias, sesiones solemnes, aparecer en todas las fiestas y recepciones.» Pero sabe gozar del espectáculo de la naturaleza, de la charla con los humildes y los poderosos. Diríamos, con frase moderna, que vive funcionalmente al servicio de su país. Porque sólo le interesa servir en donde más útil sea, no aceptó la candidatura a la Presidencia de la República, cuando falleció el General Carmona. Y consciente de su empeño, dispuesto a cesar cuando él lo crea necesario, no dejará que otros le desplacen mientras se crea preciso. Despidiéndose de Ferro, en Terreiro do Paço, hizo su mejor retrato. «Y si no, ¿qué le voy a hacer? Todos los días hay trenes para Coimbra o Santa Comba... Allá iré si a eso me obligan... —Y con sonrisa de sutil heroísmo—... o no iré... Pero mientras esté aquí —dice abarcando con su mirada Terreiro do Paço... Lisboa, la Patria...— estoy».

Salazar tiene su pequeña familia. *Micas* recibe sus lecciones como el pueblo portugués. Diríase que no se resigna a dejar la función docente. No hace falta demostrar que ama a los hombres. Es católico y basta para, que los quiera. Por eso sabe que vale más la madre que llora a escondidas o el cartujo que reza en el aislamiento que el hombre perdido entre la multitud, en cuya marea puede uno transitar lejano de su prójimo. Todos los días nos cruzamos en la calle con hermanos de los que nos importa cedan su derecha o se retiren para entrar en el metro. De ellos nos preocupa, tan sólo, que nos dejen llegar, pero bien pronto.

Guarda Oliveira, como recuerdo de su juventud, el hábito intelectual del trabajo. Pabón pide, con justicia, que un día los Profesores tributen homenaje al político portugués. «Un profesor pasó de la cátedra al Gobierno y realizó sus teorías en una nación con elegancia de quien desarrolla un teorema geométrico.» «El enigma Salazar es, exclusivamente, su perfección. El ha realizado con exactitud un ideal político, corriente en el pensamiento y en la palabra de los hombres, casi imposible en la realidad. Tan viejo como la humanidad es el convencimiento de que la energía no es la violencia, ni la elocuencia, la retórica, ni el poder público la riqueza privada, ni la capacidad de mando la exhibición.»

Exacto es el juicio, pero debe adicionársele algún matiz. Oliveira es un político inteligente, no un intelectual metido a político. Es un hombre de doctrina pero no un doctrinario. La Ciencia

Política, decía Platón, no estriba en hacer, sino en hacer que los demás hagan. Un intelectual puede plantearse, más bien dicho, debe una y otra vez la revisión de sus presupuestos y conclusiones. Jamás debe sentirse satisfecho con el resultado alcanzado. Puede incluso destruir la osamenta de su pensamiento. Un político, no. Este debe obrar y cada hora trae su exigencia y se lleva una oportunidad. Es necesario hacer ahora algo porque la inactividad conduce al fracaso y la acción al éxito. No puede operar, sino con estos instrumentos, y sólo con ellos. Es imposible detener la vida para buscar pacientemente la solución, sobre la marcha se debe improvisar. Improvisar, siempre porque, nunca se conocen exhaustivamente todos los datos del problema. Algunos aparecen por los efectos de la acción, días o meses, quizás años después que se puso en práctica. Debe cuidar de lo general más que de lo concreto. «La Sociología y el Derecho, contestó Oliveira a Ferrero, no se hacen a base de anécdotas.» Y más tarde aseguró: «Si fuese arrastrado por influencias pasajeras, si mis actitudes o palabras fuesen esclavas del entusiasmo de las multitudes o solamente de mis amigos —ya no sería yo—. Y entonces no sería honesto siquiera continuar gobernando.» Cuando muchas veces criticamos el hacer político de este o aquel o volvemos sobre la acción pasada de un gobernante echamos en olvido que ellos también tenían reloj, no vivimos su angustia al decidir, conscientes de que ignoran el resultado bien patente para nosotros, gustosos de reconstruir el pretérito a base de si no hubiera sucedido esto o lo otro se hubiese hecho.

Un político debe tener conciencia plena de la realidad, ha de ser realista. (No hace falta aclarar que tan real es el papel en que escribo como el amor que tengo a mis hijos.) Pero Salazar es, además, un revolucionario.

Podemos aceptar, para entendernos, que revolución es precipitar un resultado o conducir a otro distinto al que la marcha normal de los sucesos lleva. Es una conmoción violenta, pero profunda, que llega hasta lo hondo del cuerpo social. Llega un momento, cuando las revoluciones triunfan, que se tornan conservadoras, precisamente en beneficio del impacto revolucionario. De ahí que la revolución permanente sea un contrasentido y la democrática una utopía. Las revoluciones se hacen de arriba abajo, las revueltas, al contrario. Que el caudillo acceda al poder por medios democráticos —caso Hitler— no significa nada. «Le peuple, dice

Montesquieu, est admirable pour choisir ceux á qui il doit confier quelque partie de son autorité... Mais le peuple a toujours trop d'action, ou trop peu. Quelquefois avec cent mille bras il renverse tout; quelquefois avec cent mille pieds il ne va que comme les insectes» (*Del Espíritu... II, 2*).

Si por lo materialmente realizado, el Estado Nuevo es revolucionario, su conductor, psicológicamente, también lo es. Su figura es muy pareja a la de Lenin. Trabajador infatigable el último, austero, escasamente popular, diamantino. Como al gran político portugués, al ruso placiale jugar con Stepan Zinoviev o Maya Berzin. Como él, también adoraba a los suyos. Cuando llegó a Petrogrado, en abril de 1917, la primera visita fué a la tumba de su madre. También le gustaba a Lenin conversar con los desconocidos, llegar a los sitios sin que le esperaran.

No pretendo hacer una comparación de escándalo. Muchos resuelven la personalidad de los enemigos en ácido nítrico y les llaman mentecatos, afortunados o arrivistas. Si los enemigos son tan menguados, ¿cómo explicar no se venzan fácilmente? Sólo las grandes almas, decía San Agustín, son capaces de la herejía. La supremacía personal se encuentra en hombres cuya obra es de acusado signo contrario, por ser geniales, imprimen su garra en la historia.

Admito que las notas antedichas sean superficiales y no bastan a emparejar al torvo asiático con el político de una punta de Europa (sería interesante meditar sobre esta situación fronteriza de Rusia y España que quizás aclarase ciertos extremos algo dudosos de nuestra sicología). Si los presento paralelamente es por ser honda la semejanza, y no es la menos señalada la de adversarios decididos de un orden que muere en Versalles.

Lenin y Oliveira son hombres de una pieza, obsesionados por una idea, teóricos de la revolución y no filósofos de ella. Marx, igualmente, era, ante todo, un revolucionario. «El hombre de ciencia, dijo Engels en su necrología, está muy lejos de ser en él la mitad del hombre.» A Lenin le sucede lo mismo. Conjuga la teoría con la práctica. «Sin teoría revolucionaria, escribe en 1901, no puede haber movimiento revolucionario.» En el Congreso de Copenhague (1910) un enemigo señaló su peligrosidad, porque «no hay otro hombre que sólo piense y sueñe con la revolución las veinticuatro horas del día».

Oliveira vive la misma obsesión. «Siete años, dijo, imponiendo

Portugal a los portugueses e imponiendo los portugueses al respeto del mundo.» «Nosotros tenemos una doctrina y somos una fuerza. Como fuerza, nos corresponde gobernar: tenemos el mandato de la revolución triunfante, sin oposición y con la consagración del país; como adeptos de una doctrina, nos importa ser intransigentes en la defensa y en la realización de los principios que la integran.» «Hay obras que exigen dedicación absoluta, el abandono total de sí mismo, confesó a Ferro. Para algunos temperamentos, este todo no admite reparos.»

Coléricamente se enfrentarán con estas afirmaciones los detallistas que pinzan un hecho y lo contemplan al microscopio cual si no fuese y existiera como porción de un todo, sin cuya comprensión es imposible explicar el hecho en sí. Las varias actitudes de un político han de contemplarse a la luz íntegra del proceso que dirige. «Los pueblos, ha dicho, ya no se sienten tranquilos con gobiernos oportunistas y contemporizadores, navegando a la deriva, sin rumbo definido, a pesar de que aparente fuerza; anhelan una directriz segura, una idea contra otra idea, un sentimiento contra otro sentimiento, una doctrina, un credo.»

El gobernante necesita utilizar en ocasiones la defensiva elástica o montar una ataque de distracción, pero el balance —derrota o victoria— no está en el resultado preciso de estas operaciones, sino en el del conjunto. También la vida del hombre no es este o el otro momento, es la diferencia entre sus buenas y malas obras.

Tiene Oliveira otro rasgo revolucionario: la búsqueda de la continuidad mediante la creación de dirigentes. No hay nada más conservador que un revolucionario triunfante, como tampoco mayor inestabilidad que entre los que se llaman conservadores, sin ilusión alguna por lo que defienden aparentemente.

Una obra de educación popular es de urgencia necesaria e imprescindible para todo político. En esta tarea hay aspectos que interesan más o menos según la ocasión. Muchos valoran la eficacia de un gobierno en la política docente, por el número de escuelas que inaugura cada semana. Ni por reflexión ni por sentimiento podría despreciar esta preocupación. Hijo de Maestro de Escuela, con vocación para ello, sé lo que vale y significa el escalón más bajo en la función estatal docente.

Pero al revolucionario le preocupa la continuidad de su obra que sólo se asegura con la formación de grupos selectos, formados

aprisa. No es posible ni conveniente aguardar a que crezcan los pequeños, porque se formarán según el ambiente en que se desarrollen, y éste lo crean los aristócratas, entendida la palabra en su sentido etimológico. «Para estar intrínsecamente con el pueblo —piensa Salazar— y ser defensores de su continua ascensión material y moral, no necesitamos creer que está en la masa el origen del Poder, que del número deriva la justicia de la ley, que el Gobierno puede ser obra de la multitud y no de una selección a la que incumba el deber de dirigir y de sacrificarse por la colectividad.» «Nuestro gran problema, dijo a Ferro, es el de la formación de las *élites* que eduquen y dirijan a la Nación... Considero aún más urgente la constitución de vastas *élites* que enseñar a toda la gente a leer. Es que los grandes problemas nacionales deben ser resueltos, no por el pueblo, sino por las *élites* encuadrando a las masas.»

Examinada la preocupación con proyección pretérita y anhelo futuro, hemos de convenir que es acertada y muy conveniente para el saneamiento de Portugal. Ni en nuestra hermana peninsular ni en cualquier Nación han sido las clases inferiores agentes de las grandes transformaciones revolucionarias. Incluso con las llamadas revoluciones proletarias sucede lo mismo. Marx y Engels, dice Lenin, eran intelectuales burgueses. La clase proletaria, piensa por su cuenta, necesita recibir de fuera la conciencia social democrática, porque la masa no aporta más que el elemento espontáneo, «*forma embrionaria de la conciencia*». Deben ser otros, extraños a ella, quienes le injerten la inquietud frente a la situación, primer paso para una eversión.

Naturalmente, que ni los grandes revolucionarios estiman, ni yo pienso que deba despreciarse el cuidado de los estamentos medios y superior de la educación nacional, pero no se olvide que los maestros se forman en un ambiente superior al que deben de actuar.

Abierta continúa, entre nosotros, la influencia de los intelectuales —*la trahison des clercs*— en recientes acontecimientos. El Portugal de hace un cuarto de siglo plantea el mismo problema. Oliveira Martins juzga los efectos de la revolución liberal como una catástrofe colectiva. Su consecuencia más profunda «fue la ruptura de la tradición, el acabamiento definitivo del *sebastianismo*: expresando con esta palabra simbólica todo el cuerpo de ideas, ambiciones y costumbres históricas. ¿Se le sustituyó, sin embargo, por la conciencia de una nueva patria moral? ¿Consignióse el

sentimiento de un verdadero individualismo fundado en la religión (permitasenos decirlo así) democrática? ¿Creció el saber? ¿Se puede con estos elementos constituir el cuerpo homogéneo de una nueva Nación real y viva? Se nos figura que no; y ojalá sea esto apenas la ilusión de un espíritu triste».

Con mayor amargura se expresa Eça de Queiroz. Todo huele a francés entre nosotros, se lee en *Últimas páginas*, desde la enseñanza a la cocina. Conoció a un hombre tan enamorado de Francia que prendió fuego a los muebles de palo negro torneado con asientos de cuero para comprar un lote de muebles franceses. «Lo que hizo este hombre lo hizo todo Portugal. En una ruptura desesperada del viejo régimen lo rompió todo, todo lo destrozó, todo lo vendió. Se encontró de repente desnudo; y como carecía ya del carácter, de la fuerza, del genio para sacar de sí propio una nueva civilización hecha a su medida, se arrebujó a prisa en una civilización ya hecha, comprada en un almacén que le caía mal y cuyas mangas no le servían.»

Oliveira Salazar reacciona contra todo eso. Es su mayor empresa política y en la que recoge la infatigable actividad de un grupo selecto de portugueses a quienes faltó la fuerza que da siempre el goce del Poder. Recuerda, precisamente, el sebastianismo, revive las glorias del pasado para que acompañen al esperanzador presente. Grita para que todos le oigan: «Portugal no es un país pequeño.» Pero no se aísla, sino que busca la colaboración con todos los pueblos participando en las asambleas internacionales, a las que decorosamente puede acudir. «Somos tan condescendientes, ha dicho, que nos adherimos a casi todas las inutilidades internacionales, pero no hacemos caso de eso.»

Este hombre formado en la Universidad, acostumbrado al trabajo científico, creyente a machamartillo, es profundamente realista. Debe ser así, porque la señal más clara del gran estadista es su firme realismo y cuanto mayor sea éste, más acrece la personalidad pública. «Yo por principio, señor Sánchez Guerra, dijo Cambó, no soy ni centralista, ni autonomista, ni imperialista: yo soy siempre realista. A mí no me preocupa nada lo que pasa en Francia, Inglaterra o los Estados Unidos.»

Realismo no significa carencia de ideales. No es transigir eternamente, y sobre todo, despachar los negocios para salir del paso. «La política idealista, dice Oliveira, no es esencialmente una política ideal; puede tenerlo, no tenerlo y generalmente no

tiene ideal alguno. Lo que la caracteriza es la ausencia de lo real, es estar vinculada a sistemas teóricos sin ligazón con las realidades de la vida, y los cambios producidos por el dominio de otras corrientes doctrinarias y por los acontecimientos históricos. Quiere subyugar el mundo a sus concepciones abstractas, sin tener en cuenta las posibilidades, las contingencias ni las fuerzas opuestas, y de esta manera no hace más que acumular fracasos.»

Los grandes políticos ensamblan un crudo realismo y la consecuencia doctrinal más precisa. Es muy difícil servir la razón de Estado sin infringir las normas morales; pretender un fin utilizando medios honestamente aceptables. Limitarse a lo posible, ahora, sin abandonar la lucha por lo infinitamente lejano. Podrá ser la política «arte de lo posible» siempre que no se agote en la jornada, cuando piensa que el fruto de un día no es definitivo, y sólo es valioso, comprendido como un paso, uno sólo, en la larga marcha hacia la cumbre.

Salazar se define como atento a evitar los dos extremos peligrosos en el quehacer político: petrificación y volubilidad. «En los últimos veinte años —puedo afirmarlo— nada esencial se modificó en mí. En cambio, eso no quiere decir que tenga para siempre asentadas ciertas ideas de gobierno (políticas o de administración) como en roca indestructible, cuya realidad viva, cuya actualidad no quiero discutir ni siquiera conmigo mismo. En este sentido debo decir que constantemente re veo mis ideas y, sobre todo, procesos de gobierno, pues quiero estar seguro de que continúo teniendo razón».

Opera con cautela porque sabe las consecuencias ineludibles a toda transformación profunda. «Todas las revoluciones, sean grandes o pequeñas, amargan la vida de los pueblos; en todo caso es preferible reformar que revolucionar o revolucionar reformando», dice.

Ha cronometrado escrupulosamente su plan de gobierno y llega hasta donde cree oportuno. Ni un paso más ni uno menos. «Algunos me acusan —dijo a Garnier—, en efecto, de no haber explotado a fondo todas las posibilidades de este pueblo. La verdad es que no resulta sencillo entre nosotros asegurar el orden sin violencia, el trabajo con disciplina y la realización de grandes tareas colectivas sin tropiezos. Y, sin embargo, es innegable que hemos logrado dar un nuevo vigor al espíritu nacional, un clima moral enteramente nuevo y una renovación material vasta y profunda.» (Qui-



zás pensara Salazar al decir esto que de los mismos labios que le tachaban de renuente oyó la calificación de iluso y precipitado).

Cuando publicó la Constitución, en 1933, pensó en ella como programa a contestar en el futuro y no en una ley irreformable y definitiva. Se trata de revisar o revolucionar a la inglesa, procedimiento que han olvidado tantos imitadores de la Gran Bretaña. No es por principio anti-nada, sino realista. En Francia o Inglaterra ha confesado hubiese actuado en forma distinta a como lo he hecho en mi patria. En el fondo es la línea clásica de la Política. Encontrar, como decía Platón, el acento propio de cada pueblo. Como a Santayana, le horroriza la planificación gubernamental. «Si una tendencia política incita mi ira, escribe el último, es precisamente la del liberalismo industrial: la de reducir todas las civilizaciones a un único patrón barato y monótono.»

«Yo legislo para Portugal —afirma—. Yo digo que los partidos políticos fueron causantes del desastre en la vida portuguesa. Siempre yo veo para Portugal y en Portugal, este o el otro resultado.» No quiere recoger las modas puestas en circulación por los sempiternos danzantes, que miran hacia fuera y no hacia dentro. Acepta lo que sirve a Portugal y rechaza lo que no conviene. Y el desdén puede afectar a una parte, o al todo del figurín político de la temporada.

A esta firmeza debe el respeto de que goza, antes y después de la llamada «victoria de las democracias» —Rusia incluida, no lo olvidemos—. Desde 1928 puede presumir de ser el estadista europeo que menos cuartel ha dado a sus adversarios, quizá el menos preocupado en poner su reloj a la hora del meridiano de turno. Por esta razón las bravatas y conspiraciones contra él se han deshecho. «El jefe, que soy yo —ha dicho a Garnier—, o desearía ser, sabe hasta qué punto las luces ajenas le son necesarias para realizar su misión.» Para él no se trata, en efecto, de inventar expedientes más o menos felices ni soluciones de ocasión para los problemas que se le deparan. Necesita cavar profundamente los cimientos de su obra, que desearía sólida y duradera. El hombre de Estado debe huir de la sollicitación de los deseos esporádicos y de las aspiraciones desordenadas; debe esforzarse por buscar en los cuatro puntos cardinales la razón del ser de las cosas, la realidad profunda de los acontecimientos, la justicia y la eficacia de las normas que ha de imponer a la vida social. «El hombre de Estado no encontrará jamás nada útil y eficaz

en los juegos de palabras, en las piruetas de la inteligencia o en el desvarío de las imaginaciones exaltadas.»

Salazar continúa. No he pretendido más que brindar a la actualidad de sus bodas de plata, como Jefe de Gobierno, unos cuantos rasgos de su carácter. El análisis de su obra sería largo, pero es urgente y necesario para la cabal comprensión de un fenómeno trascendental en la política contemporánea, mucho más para nosotros los españoles. Como la humildad es en el fondo verdad, Oliveira hace, de cuando en cuando, un balance de su trabajo y puede enorgullecerse de tener las manos llenas, aunque no tanto como él quisiera. «En esta pequeña faja occidental que Europa se había habituado a contemplar con compasión o tedio —ha dicho—, hicimos el prodigio de reconstruir la Nación con su fisonomía tradicional misionera y civilizadora, caballeresca y espiritualista; muchas veces tuvimos que hacer oír en el sanedrín de los grandes nuestra palabra justa sin que nuestra autoridad moral pudiese ser discutida. Y los hechos demostraron siempre que teníamos razón.»

Palabras exactas, aleccionadoras, especialmente para nosotros los españoles, que debemos acostumbrarnos a pensar que nuestra patria tiene cuatro puntos cardinales en la geografía y la historia, y a Occidente está Portugal.

DIEGO SEVILLA ANDRÉS